

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

EL HOMBRE GATO

Se frotó la comisura de los labios, en un acto que demostró duda, impaciencia y cierto nerviosismo a la vez, gracias a la historia que su amigo le había contado.

- Nos vemos en la semana. – dijo Alejandro, y luego se estrecharon en un abrazo. – Y tené cuidado con El Hombre Gato.

Y Adrián se frotó con más tenacidad las comisuras, labios y pera, en ese mismo orden.

Rato antes, había estado compartiendo un cigarrillo de marihuana en el comedor de su colega, cuando había surgido cierto recuerdo del anfitrión, que trajo consigo cierta psicosis en el invitado.

- “El Hombre Gato”? – había preguntado Adrián, intrigado, devolviendo el cigarrillo por la mitad, para luego echarse un trago de aquella copa de vino tinto.

- Nunca escuchaste hablar del Hombre Gato? En dónde vivís? – dijo el joven, acomodándose en su asiento, con cierto aire de sabihondo. Hizo un respiro, y tal como un relator de cuentos de terror, lanzó la primera estrofa: - Cuenta la leyenda que los Hombre Gato, son un grupo de deformes, una camada de hijos deformes de algunas mujeres del Pueblo, justamente de la generación en que el agua corriente del barrio estuvo contaminada.

Adrián sonrió como un niño. Ver a su amigo, contando aquello y en aquella pose, era realmente divertido. Sumaba que el alcohol y la marihuana daban cierto tipo de chispa al asunto.

- No te rías. Quizás porque no naciste en la zona no conocés la historia. Pero es verdad. El Hombre Gato existió. Sabés que es lo que hacían estas... bestias?

- Se disfrazaban de gatos y maullaban. – bromeó el muchacho.

- Algo peor. – aniquiló Alejandro, con esa seriedad que se lo estaba ganando. – Se vestían de negro, con ropas hechas de pedazos de telas, y salían a la noche a saltar trepar árboles y casas, gracias a unos guantes con uñas de metal y zapatos con suelas de púas. También atacaban a todo caminante desprevenido, previniéndolo con el más terrible de los maullidos.

Un silencio entre ambos.

- Los mataba? – preguntó Adrián, entrando en el juego. Lentamente estaba siendo colmado de emoción por la aventura de la noche: un cuento de terror de los que siempre rondan por ahí, a modo de leyenda, como para que la

costumbres de no salir de noche, cerrar las puertas y mirar debajo de la cama sigan siendo válidas.

- Seguro que los mataba! Seguro! Muchos de los atacados, jamás volvió a casa. Se los habrán comido...

Adrián se frotó la comisura de los labios, y sumergido en aquel argumento, formuló unas palabras más que sencillas, pero que serían el indicio que el miedo estaba asomando:

- Todavía existe El Hombre Gato?

- Una vez, un buen día, hace muchos años, de golpe y de la nada, los ataques terminaron. – y remató con la angustia clásica que todo cuentista de terror regala: - Eso no significa que no pueda volver a atacar.

Cuando Adrián estaba por recibir el cigarrillo de marihuana, retrocedió en su asiento, y negó con un gesto aquella poderosa droga. Antes que seguir con el vino y el porro, era importante deducir la trampa de aquel cuento.

Pero su error fue querer desmitificarlo, tan sólo para encontrar cierta paz y poder volver a dormir en paz. Ante el ataque, Alejandro actuó con más fuerza.

- Es la pura verdad. No te estoy mintiendo. Podés preguntarle a cualquier persona que haya nacido por acá, y todos te van a decir lo mismo: El Hombre Gato existió... - y concluyó –... quizás exista.

Rato más tarde, ambos amigos se hallaban en la salida de la casa de Alejandro.

Tras la despedida y la broma de las precauciones con aquel terrorífico ser, Adrián giró en sí mismo, se acomodó la abrigada campera y se dispuso volver a casa.

Avanzó respirando el frío aire el cual se transformaba en bolas de humo que se dispersaban en cada paso. El terreno no era de lo mejor: los faroles alumbraban la llovizna que caía del cielo, y sus luces terminaban por reflejarse en cientos de naranjas y amarillos en el asfalto mojado.

Llegó a la esquina, miró de forma inocente antes de cruzar, tal como si un auto fuera a pasar a esa altura de la noche. Antes de poner el nuevo pie en movimiento, estudió el territorio velozmente: estaba a dos cuadras de su casa, las cuales tendría que recorrer en forma de L.

No había un alma alrededor. Entonces se supuso en peligro, un peligro virtual depositado en sus narices de la mano de su amigo, mejor dicho, de la lengua de su amigo.

Así que, llegar a su casa sería todo un desafío, no sólo por aquella leyenda del Hombre Gato, sino gracias a los nervios que se habían anudado para encarnarse en los músculos y vértebras.

Puso el siguiente paso en la calle, y avanzó con la vista a ambos lados. Se llevó la mano al bolsillo de la campera y sacó su manojo de llaves, del cual apartó con los dedos índice y pulgar a la de la puerta de entrada. Sus piernas, duras, casi acalambradas, alcanzaron un andar veloz. Qué mejor que estar a salvo, caminando en el medio de la calle, donde ante cualquier eventualidad habría mucho más terreno por el que salir corriendo y escapar.

Llegó a mitad de cuadra, cuando el terror había comenzado a disiparse gracias al recorrido resuelto y sin problemas. Mientras, se tomaba el trabajo de observar que su pesada campera podría quitarle fuerzas en el caso que tuviera que correr.

Entonces oyó un arrebato de ramas en lo alto de alguno de los árboles a sus espaldas, y esto lo alertó.

Podría haberse detenido pero no lo hizo: tan solo siguió rápido o más, con la cabeza apuntando a donde fuera que haya sucedido aquello. Cuando divisó algunas ramas de aquella copa, que se movían distintas a las demás.

Puso más fuerza en su carrera.

Por dentro pensó que “no”, que aquello no podía estar pasando. Pero lamentablemente algo había movido las ramas. Obviamente, algo estaba pasando allí.

Y a la vez que correteaba sin rendirse, el ruido de las ramas nuevamente, ese mismo ruido que avanzaba veloz tras el sendero del muchacho.

Llegó a la esquina, dobló de forma tajante y avanzó. Los latidos del corazón de Adrián habían trepado su esófago para anidarse en los nervios del cuello. Por suerte, la calma que otorgaba llegar a la siguiente calle, lo había relajado.

Y finalmente el golpe, aquel maldito golpe, el perfecto sonido a metros de distancia, el claro sonido de una persona aterrizando en el medio de la calle, tras un gran salto.

Un silencio.

No podía tolerarlo más. Bien era su imaginación, la droga o la verdad. Lo cierto fue que el joven se vio obligado a detenerse, respirar profundo, girar y atenerse a lo que fuera. Cuando sus ojos se clavaron en la distancia, lamentablemente descubrieron una figura casi humana que aguardaba amenazante.

Aquel ser, torcido, tullido, de un brazo más largo que el otro, el cual arrastraba por el piso, de ropas negras remendadas que le cubrían de pies a cabeza, con los malditos guantes y zapatos de uñas y púas, dibujaron el nombre del personaje.

- El Hombre Gato... - se dijo Adrián, con tal pánico que la sangre llegó de inmediato a su cabeza para sonrojarlo y enseguida teñirse de blanco.

La adrenalina salpicó cada rincón de las venas y arterias, y en un espasmo mudo, se sacudió el cuerpo del muchacho.

De repente, el deforme maulló en un sonido agudo y ahogado, pero tan penetrante como para alzarse en toda la noche del Pueblo. Acto seguido, y tal como una bestia, se lanzó a correr a grandes pasos, a veces apurado por su torpe brazo.

La cuestión era correr sí o sí, era la hora de aquel momento tan temido, aquel momento de enfrentar la responsabilidad que trae cada pesadilla: sobrevivir.

Y Adrián se lanzó a correr.

Por cierto, fue ahí cuando la teoría de que la campera quitaría velocidad fue comprobada. Entonces, ante el avance de la bestia, el joven se despojó del abrigo, y automáticamente ganó en distancia a su enemigo.

Mientras tanto, El Hombre Gato corría amanzanado con ciertos sonidos felinos, que bien podían jugar en contra de su presa, quitándole velocidad en raptos de terror. Arrolló la campera de su víctima, y subió a la vereda al mismo tiempo que Adrián lo hizo. Enseguida, dio un extraño giro y se lanzó al tallo de un árbol, para de a pequeños saltos llegar hasta la copa.

El muchacho, que hasta el momento se había mantenido decidido en no mirar atrás, oyó el cambio de movimientos de su acechante, y se volteó. El Hombre Gato había desaparecido de la vereda, pero las marcas en el tronco, el movimiento de la copa, y aquella maldita cara asomando entre las hojas, mostrando aquellos dientes mal dispuestos, paralizaron su escape.

Y se produjo un nuevo instante de silencio, un instante en que las miradas volvieron a cruzarse: los ojos azules de Adrián versus las oscuras perlas detrás de la capucha del deforme.

Entonces el muchacho salió de su reiterado asombro, para descubrir que El Hombre Gato estaba mucho más cerca de lo que lo imaginaba. Así que retomó la marcha, más rápida que la anterior. A su vez, la bestia hizo lo mismo, pero en vez de retomar la vereda, dio un gran salto hacia la copa del siguiente árbol, y del siguiente al otro, y al otro. El juego del gato y el ratón adquirió cierto despliegue.

Un par de piernas al aire, un paso, otro, y como venida del cielo, por fin la puerta de casa. Adrián extendió su mano con la llave y cuando ésta hizo contacto con el metal de la cerradura, comprobó que su estrategia de correr hasta llegar, en vez de quedarse a pedir socorro, había dado resultados. Pero no todo estaba del todo bien, y si bien había llegado a meter la llave y girarla, su mirada lo llevó a El Hombre Gato estaba saltando al árbol de la vereda de su casa. Acto siguiente, saltaría sobre él, mientras se detenía a terminar de girar la llave.

Pero “no”, no podía haber sido tan en vano. La corrida, los nervios, la esperanza de llegar más allá de las terribles circunstancias y despliegue de su enemigo. No podía ser que después de haber escapado tanto, el desagradable ser lo alcance a un salto de la salvación.

Así que los músculos de Adrián se relajaron por un microsegundo, y luego extendieron en un raptó de velocidad nunca antes logrado, y en ese destello de tiempo, la llave terminó de abrir la puerta, vencer la manija y empujar la puerta, para el resto del cuerpo lanzarse al interior. De inmediato, dio un giro sobre sí y cuando estaba cerrando el camino, El Hombre Gato aterrizó de pie y erguido, entre el umbral y la puerta de su casa.

Adrián sacó sus últimas fuerzas de la nada, y convencido con vencer, entró a su hogar, para cerrar la puerta detrás tras de sí.

Cuando todo acabó, o pareció acabar, Adrián retrocedió entre el pánico y el orgullo, mirando la entrada de su casa, oyendo los intensos chillidos molestos de aquella persona mimetizada en mucho más que un animal.

Llegó a oscuras al centro del comedor, con el alivio entrando por sus vías respiratorias, el mejor de los aires de hogar. Y festejó de un salto y grito. Parecía que El Hombre Gato fuera algo débil, y la puerta podía resultarle mucho más que lo esperado, ya que sus golpes y zarpazos apenas se oían.

De todas formas el teléfono, y un llamado a la policía con el que acabaría el asunto.

Alzó el tubo, y en lo que al principio pareció un silencio, se extendió a una sorpresa, justo cuando el “gato” calló.

No había tono. No había línea. Y eso era malo, demasiado malo. Sería muy difícil pedir socorro desde la casa.

Así que el muchacho se limitó a tragar saliva, a retomar la palidez, los latidos y los nervios. Retrocedió en el comedor hacia la nada, hacia ningún lugar que pudiera salvarlo de aquello que podría entrar por cualquier lado.

Sin embargo respiró: El Hombre Gato parecía estar aún afuera, esperando a que salga.

Fue entonces cuando una sombra salió por detrás de la cortina, y otra desde la cocina, y otra debajo de la mesa, y otra desde el placard, y otra que cayó del techo al sillón. Y esas sombras, esas malditas sombras que enseguida lo rodearon con su pesado y deforme andar, lo sorprendieron en un detalle que jamás había tenido en cuenta de vuelta a casa: “El Hombre Gato” era “Los Hombre Gato”.

Enseguida, Adrián fue reducido por aquellas figuras en garras que se alzaron, para más tarde raptar su cuerpo al oculto refugio.

Noches después, lleno de cicatrices y heridas, jamás volviendo a ser un “normal” como un cualquiera, el muchacho se despertó como “distinto” más del clan.

Coincidentemente, a ese Adrián se lo vio vistiendo ropas negras, trepando árboles y casas, apenas reconocible por los ojillos azules que asomaban de la capucha, tan azules como dos perlas negras.

FIN